



Capítulo 166

Han pasado dos semanas desde que Alon partió hacia Terea para asistir al baile.

«Por fin hemos llegado, ¿no?».

«Eso parece».

El paisaje lejano de la capital comenzó a aparecer ante sus ojos.

Evan, que estaba de pie cerca, exhaló como si lo abrumara el calor.

«Después de este baile, ¿nos dirigiremos a Lartenia y luego directamente a Colony otra vez?».

«Ese parece ser el plan».

«Ya veo».

«Pareces decepcionado por algo».

Cuando Alon miró con curiosidad el rostro de Evan, Basiliora intervino.

[Je, a juzgar por esa expresión, como la de un perro que necesita hacer pipí, debe ser algo relacionado con una chica].



«¿Qué tonterías estás diciendo ahora?».

[No lo niegues. Te vi sacar una carta de tu bolsillo hace unos días y sonreír de forma inquietante].

«Uf, ¿lo viste? ¿Cuándo?».

[Ay, esas noches en las que la mirada de Evan se vuelve tan nostálgica...]

«¡Waaaargh!».

Evan gritó a todo pulmón cuando Basiliora comenzó a recitar dramáticamente el contenido de la carta.

Alon, al ver cómo el rostro de Evan se ponía carmesí, le dirigió una mirada peculiar. Evan, avergonzado, calmó su respiración y pronto logró una risa incómoda.

«Ja, ja, bueno, verás... Cuando visitamos el ducado de Zenonia la última vez, conocí a una dama caballero. Nos... llevamos bastante bien».

«Entonces, ¿han estado intercambiando cartas, supongo?».

«Sí, sí, algo así».

Alon, observando al avergonzado Evan, preguntó en voz baja.

«Pareces más nervioso de lo que esperaba. ¿No has tenido relaciones antes?».



«Bueno, es cierto, pero...».

Evan, que siempre había seguido de cerca a Alon mientras charlaba y reía con todo tipo de mujeres, ahora parecía diferente.

Pero había un toque de resentimiento en la voz de Evan.

«Esto se siente... diferente, ¿sabes?».

«¿En qué sentido?».

«Esas eran solo conversaciones ligeras, pero esto... parece algo más profundo. ¿Quizás... un paso más allá del simple coqueteo?».

[Hmph, qué repugnante].

«¡No arruines el ambiente, bastardo con cabeza de serpiente! Y tú, ¿no has estado coqueteando con la sirvienta de nuestra familia?».

[¡¿Qué?! ¡¿Coquetear?! ¡¿Cuándo he hecho yo eso?! ¡Solo charlé con ella porque parecía muy dispuesta a servirme!]

«Sí, claro. ¿No hacías todo tipo de payasadas cada vez que te traía bocadillos?».

[¡Krrrrgh!]



Basiliora comenzó a retorcerse avergonzado por la repentina revelación de su «oscuro pasado». Aprovechando la oportunidad, Evan lanzó un ataque.

En medio del alboroto, Blackie asomó la cabeza desde el pecho de Alon para ver a los dos discutir y charlar ruidosamente.

Al poco tiempo, el grupo llegó a la capital.

«Terea no ha cambiado nada».

Su carro atravesó las calles bien cuidadas y prósperas de Terea y entró en el centro de la ciudad.

Cuando llegaron frente al salón de baile, Alon salió del carro.

«Marqués Palatio, antes de asistir al baile, Su Majestad solicita una audiencia con usted».

«... ¿Qué? Muy bien, procedamos».

Como si lo estuviera esperando, un guardia se acercó y le entregó el mensaje. Alon ladeó la cabeza con curiosidad, pero siguió al guardia.

Por invitación de la reina, Alon entró en su despacho privado después de mucho tiempo.

«Ha pasado mucho tiempo, marqués Palatio».

«¿Ha estado bien, Su Majestad?».



Allí estaba ella, saludándolo con la misma sonrisa ambigua de siempre: la reina Siyan.

—Por favor, siéntate.

Señaló la silla frente a ella.

Una vez que Alon se sentó, la reina volvió a sacar un camote y lo colocó ante él.

«Puedes comerlo».

«Ah... Sí. Eh, Majestad...?»

«Simplemente observaré».

«... Entendido».

Así comenzó otra sesión de degustación de camotes.

A estas alturas, uno pensaría que ya se habría acostumbrado a esto, pero seguía siendo tan desconcertante como siempre...

Durante un rato, solo se oyó en la oficina el sonido de Alon masticando la batata.

«Sigues comiendo bien».



«Mis disculpas».

Ante el ambiguo comentario de Siyan, Alon inclinó la cabeza con cautela.

—¿Eh?

Detuvo su movimiento y fijó la mirada en una estatua que se encontraba en el borde de su campo de visión.

Una estatua situada en una esquina de la oficina.

Aunque sin duda era la primera vez que la veía, le resultaba extrañamente familiar.

«Ah, ¿te refieres a esto?».

Al darse cuenta de su mirada fija, Siyan cogió la estatua.

«Es una escultura traída de Luxible».

«¿Luxible, dices?».

«Sí. He oído que veneran a la figura representada en esta estatua como a un dios. Es decir...».

Siyan hizo una breve pausa antes de pronunciar un nombre.



«»Portador del Rayo», Kalannon, era?».

«... También he oído hablar de eso».

«Entonces, ¿has visto esta estatua antes?».

«No, es la primera vez que la veo».

Ante la respuesta de Alon, Siyan miró con interés la estatua que tenía en la mano.

«Yo tampoco la había visto nunca. Fue un regalo del Ducado de Luxible».

«Ya veo».

«¿Qué opinas?».

«... ¿A qué te refieres exactamente?».

«Me refiero a esta estatua. Para mí, esta figura de Kalannon se parece bastante a ti. ¿Qué opinas?».

preguntó ella, inclinando ligeramente la cabeza.

Sergius miró fijamente al frente, con la mirada perdida.



Allí, el grupo liderado por Eliban se encontraba cara a cara con el cardenal Yutia.

El grupo se había enfrentado a numerosos fenómenos extraños fuera de la basílica papal.

«Esta vez también lo has hecho de maravilla».

«Todo es gracias al poder que Él me ha concedido».

«¿Es así?»

«Sí, sin Su poder, nada de esto habría sido posible».

En medio de la multitud de sacerdotes, Yutia y Eliban intercambiaron cortesías.

Pasó el tiempo y pronto Eliban volvió a hablar.

«Hasta la próxima, cardenal Yutia».

«Sí, Elegido, espero verte de nuevo».

Yutia entregó a Eliban la recompensa por ocuparse de los disturbios.

«Todo por Él».



«Sí, todo por Él».

Tras despedirse, el Elegido condujo a su grupo fuera de la basílica papal.

Sergio, tras confirmar la destitución de los sacerdotes tras el evento, siguió como de costumbre al cardenal Yutia.

Con cautela, abrió la boca.

«... Disculpe».

«¿Hmm? ¿Qué pasa, cardenal Sergio?».

Como siempre, Yutia lo miró con una sonrisa amable.

Sergius, atrapado en su tranquila mirada, dudó antes de hablar finalmente.

«... Yutia, ¿puedo hacerte una pregunta?».

«Adelante».

Tras recibir su permiso, Sergio volvió a dudar.

A pesar de su consentimiento, no estaba del todo seguro de si era prudente preguntarle lo que tenía en mente.

Sabía mejor que nadie, por haberlo «experimentado» de primera mano, que cuestionar a la cardenal Yutia era una empresa temeraria.



Pero a pesar de saberlo, Sergio no podía reprimir la curiosidad y la duda que se habían ido acumulando sin cesar en su mente.

«Se trata de... los Elegidos».

«... ¿Te refieres a los Elegidos?».

«Esa persona... no recibió su poder de Sironia, ¿verdad?».

Sergius recordó al «Elegido» que Yutia había reconocido anteriormente como seleccionado por Sironia.

De hecho, su poder guardaba un parecido sorprendente con la energía divina que se sabía que Sironia otorgaba.

El tenue resplandor que emitían también se asemejaba al sutil brillo que desprendían los santos.

Los sacerdotes que habían observado a Eliban anteriormente parecían convencidos de que había sido elegido por Sironia.

Los demás cardenales compartían la misma creencia.

Pero solo Sergio...

«Era claramente diferente».



Se dio cuenta de que la energía divina que irradiaba Eliban no era la de Sironia.

Recordó vívidamente el poder sagrado que Eliban había mostrado.

Un resplandor blanco plateado puro, ligeramente teñido de azul.

Solo parecía similar a la energía divina de Sironia, pero era completamente distinta.

En ese momento...

«Je».

Yutia soltó una suave risita, como si le divirtiera.

Sergius ahora estaba seguro de que sus sospechas eran correctas.

«Ya lo has notado, veo. Estaba un poco preocupado porque aún no está perfeccionado, pero pensaba que había engañado a todo el mundo excepto a los santos».

El sincero reconocimiento de Yutia dejó a Sergio en silencio.

Normalmente, Sergio no habría podido discernir la verdad.

El poder sagrado que ejercía ese «Elegido» era innegablemente similar a la energía divina otorgada por la señora Sironia.



De hecho, aparte del santo que actualmente se dedicaba a las labores de socorro, ninguno de los demás cardenales detectó la más mínima inconsistencia.

Pero había una razón por la que Sergio podía percibir la disparidad.

Era únicamente por culpa del cardenal Yutia.

Habiendo sido tratado durante mucho tiempo como poco más que un sirviente por el cardenal Yutia, Sergio sabía un hecho crucial:

Yutia no solo utilizaba el poder divino de Lady Sironia, sino que también recurría a otra forma de energía sagrada.

Es cierto que Sergius solo había visto a Yutia utilizar esta otra energía divina en unas pocas ocasiones.

Pero para alguien de la talla de Sergius, con su cargo de cardenal, esas pocas ocasiones fueron suficientes para reconocer que la energía sagrada de Eliban se parecía mucho a la «otra» energía divina de Yutia.

... El Elegido no era un ser seleccionado por la diosa Sironia.

Había llegado a esa conclusión.

«¿Cómo lo descubriste?».

La escalofriante pregunta hizo que Sergius sintiera un escalofrío, pero controló su acelerado corazón.

«... El poder divino que Yutia mostró brevemente era idéntico al de los Elegidos».

«Hmm... Ya veo, eso lo explica todo».

Yutia asintió con la cabeza, como si hubiera comprendido la situación. Sus ojos carmesí se volvieron de nuevo hacia Sergius.

«Sin embargo, parece que aún no te has dado cuenta de todo».

«... ¿Perdón?».

«No importa, lo más importante es que no te preocupes demasiado por este asunto».

«¿Ah, sí?».

«Sí. Después de todo...».

Los ojos de Yutia se suavizaron en una leve y perturbadora curva.

«Muy pronto, todo será igual. Tanto que ni siquiera usted, cardenal Sergio, podrá notar la diferencia».

«... Igual...?»



«Sí. Todo será igual. El poder sagrado, esto y aquello... Ahora mismo pueden parecer un poco diferentes, pero al final, todo será indistinguible».

Sergius no entendió ni una sola palabra de lo que ella acababa de decir.

¿Qué, exactamente, sería igual?

¿A qué se referían «esto» y «aquello»?

¿Y qué pasaría en el futuro?

Por encima de todo...

¿Qué estaba tramando el cardenal Yutia en ese momento?

Lo único que Sergio podía deducir de la información que tenía hasta el momento era una inquietante posibilidad:

... Quizás el reciente silencio de Lady Sironia tenía algo que ver con el cardenal Yutia.

Probablemente sí.

Pero, aunque eso fuera cierto, Sergio no podía hacer nada al respecto.

«... En cierto modo, las cosas podrían mejorar», reflexionó Yutia.



«Después de todo, la Rosario actual está plagada de corrupción. Cuando llegue ese momento, todo será mejor».

No, Sergius no podía hacer nada.

«La corrupción y la injusticia desaparecerán. Todos los caballeros sagrados actuarán por «Él», todos los creyentes lo adorarán y todos le ofrecerán su fe».

Él...

Sergio...

Ya se había sentido abrumado por el fanatismo sofocante que se arremolinaba en los ojos de Yutia.

«Pero antes de que eso ocurra... si se corre la voz, podría ser un poco problemático... así que te pido que...».

Una y otra vez, Sergius fue dominado, hasta que finalmente se rindió.

«Cállese, ¿quiere, cardenal Sergio?».

En los pasillos en penumbra de la basílica papal, bajo la luz menguante del sol poniente, Yutia se llevó el dedo índice a los labios, iluminada por detrás por un resplandor carmesí parpadeante.

«... Entendido».



Sergius solo pudo ofrecer una respuesta.